

Esta sociedad quiere apagar la voz de Dios

Homilía en la eucaristía celebrada en el 28 Aniversario de los Mártires de la UCA, 11 de noviembre de 2017

Miguel Ángel Vásquez
Parroquia San Bartolomé, Arcatao,
Chalatenango, El Salvador
Lecturas bíblicas: Is 58: 1-9
Sal 15
1 Jn 3: 7, 9-23
Mt 28: 16-30

Desde hace 28 años, venimos siendo convocados a este lugar para encontrarnos y compartir la vida, muerte y resurrección de miles de hermanos y hermanas salvadoreños y salvadoreñas, y muy en especial el martirio de nuestros hermanos, amigos y compañeros mártires de la UCA. Compañeros, hermanos y amigos que fueron llamados por el Señor y siendo pecadores fueron puestos bajo el estandarte de la cruz. Ellos, siendo muy jóvenes —de 17, 18 y 20 años ingresaron al noviciado jesuita—, lo dejaron todo y llegaron a nuestras tierras: “Os vi llegar al puerto uno a uno con los barcos cargados de talentos”, dice el poema que se encuentra junto al lugar donde descansan sus restos en la capilla martirial en esta universidad.

No tengo la menor duda de que hoy nos siguen acompañando y animando desde la eternidad como compañeros en una misión de justicia y reconciliación o reconciliación y justicia, como nos orienta la última Congregación General XXXVI de nuestra Compañía de Jesús.

Los padres jesuitas, Elba y Celina, que ahora nos convocan, fueron asesinados salvajemente por la Fuerza Armada de nuestro país al amanecer de aquel 16 de noviembre de 1989. “A sus órdenes mi capital” reza el artículo que en otra coyuntura escribiera el padre Ellacuría y que se puede aplicar a esta masacre, pues detrás de todo este proyecto diabólico y de muerte hubo sectores de mucho poder económico en nuestro país —de los cuales muchos siguen por allí con sus posiciones casi ciegas, violentas e injustas— y fueron respaldados, por no decir dirigidos, por el Gobierno norteamericano de aquella época con asistencia económica, militar y política. Un hecho que, aunque algunos medios radiales, televisivos y algunas instituciones del Estado y más

de algún miembro de la jerarquía de la Iglesia, quisieron ocultar o desvirtuar, encubriendo públicamente a los verdaderos autores intelectuales y materiales, la búsqueda de la verdad y el tiempo se encargaron de ponerlos al descubierto.

Veintiocho años después parece que muchos de estos sectores que contribuyeron a hecho tan salvaje parece como si no hubieran aprendido la lección (no todos) y continúan negando su responsabilidad y, ante todo, este silencio y complicidad alimentan el camino de la impunidad. Pero por más que se amparen y oculten en leyes o movimientos religiosos de cualquier tipo, la verdad llegará. Bien nos ha recordado recientemente nuestro cardenal, Mons. Gregorio Rosa Chávez, cuando nos visitó allá en Arcatao y nos dijo: "... la mentira tiene patas cortas y solo llega hasta donde la alcanza la verdad" (homilía del 22 de septiembre en Arcatao por el funeral de los restos de seis niños masacrados en la "guinda" de mayo de 1982).

Muy bien nos recordaba también Mons. Romero cuando nos decía: "La palabra de Dios... tiene que ser una palabra que arranque de la eterna antigua palabra de Dios, pero que toque la llaga presente, las injusticias de hoy, los atropellos de hoy y esto es lo que crea problemas". Decía: "La Iglesia se está metiendo en política, la Iglesia se está metiendo a comunista". Y continuaba monseñor: "¡Ya aburren con esa acusación! Ténganlo en cuenta de una vez". Luego, aclaraba el obispo mártir, la Iglesia no se mete en política, sino que es la palabra, como el rayo del sol, la que viene desde las alturas e ilumina. ¿Qué culpa tiene el sol de encontrar, en su luz purísima, charcos, estiércol, basura en la tierra? Tiene que iluminarlo; si no, no sería sol, no sería luz, no descubriría lo feo, lo horrible que existe en la tierra. Y, finalmente, afirmaba monseñor: "Así como también ilumina la belleza de las flores y le da el encanto a la naturaleza, la palabra de Dios también, hermanos y hermanas, por una parte ilumina lo horrible, lo feo, lo injusto de la tierra y alienta el corazón bueno, los corazones que gracias a Dios abundan" (homilía del 4 de diciembre de 1977).

Sí, y gracias a Dios, son miles de hermanos y hermanas salvadoreñas y salvadoreños muy trabajadores, muy solidarios, muy fraternos. Somos muchos los que ahora queremos reconstruir nuestra patria y gracias a tantas personas buenas e instituciones que trabajan día a día en esta labor, así también los que la realizan desde las distintos puestos en esta universidad siguiendo la huella de Jesús y la huella de nuestros mártires, y así también hermanos y hermanas de la solidaridad de los pueblos de muchos países.

Esto nos habla de que en un mundo nuevo es posible que podamos reconstruir, en la mente y el corazón del hombre y la mujer de nuestra patria, esa imagen de Dios tan atropellada que nos ha llevado a caer en una crisis de humanidad con la pérdida de muchos valores.

Coincide también esta celebración, este día 11 de noviembre, con el inicio de la "ofensiva militar hasta el tope" —que muchos mayores recordamos— promovida por la guerrilla de aquel entonces, que se podría haber evitado si hubiera habido voluntad de diálogo. Que lo acepten o no algunos sectores, es

un hecho que el martirio de los compañeros jesuitas y esta rebelión marcó y obligó una nueva etapa que se encaminó a reconocer que el diálogo y la negociación podían contribuir al fin del conflicto armado. Encomendamos, pues, a todos aquellos hermanos y hermanas que ofrendaron en esa coyuntura sus vidas.

Nos reunimos también hoy, como hombres y mujeres de fe, y venimos desde distintos lugares del país y de otros países a participar de esta memoria viva. Traemos en nuestra mente y en nuestro corazón muchos nombres de hombres, mujeres y niños, niñas, familiares y amigos que nos inspiran y animan, ante las olas y tempestades económicas, políticas y sociales que vivimos en El Salvador, a no desmayar.

Es muy fácil caer en el derrotismo y pensar que todo fue inútil y que todo está perdido. No es cierto. Hoy estamos aquí, muchos otros están en otras comunidades, en otros pueblos y en otros países alimentando su fe y su esperanza con el testimonio vivo de quienes intentaron seguir a Jesús y que, pudiendo vivir cómodamente con sus familias y sus bienes en sus países y siendo apenas muy jóvenes, consagraron sus vidas al seguimiento de Jesús, poniendo al servicio del pueblo salvadoreño sus dones, sus capacidades, su vida misma, su entregada solidaridad con los pobres. Desde la universidad analizaban la realidad del país, las causas y las raíces de lo que iba pasando, dejando al descubierto la verdad sobre la mentira y mirando hacia el futuro las salidas más reales y humanas. Muy bien nos lo recuerda el afiche para este 28 aniversario cuando nos cita una parte del análisis del Consejo Superior Universitario en 1989: “Los hechos seguirán demostrando tercamente que no hay otra salida racional para el país que la negociación y el diálogo”. Ellos tuvieron mucha oposición, pero tenían razón.

Dicen por ahí, y lo repetimos ahora, que el pueblo que olvida su historia vuelve a repetirla. Por eso es importante que no nos olvidemos de dónde venimos, de dónde estamos y hacia dónde queremos ir. “Todos hermanos y no esclavos” nos recordaba el papa Francisco en su mensaje para la Jornada Mundial por la Paz en el 2015.

¡Cómo se puede olvidar lo que hemos vivido! Es una larga historia en nuestro país marcada por la violencia y el despojo, como lo analiza nuestro arzobispo, Mons. José Luis Escobar, en su carta pastoral del 2016, *Veo en la ciudad violencia y discordia*. Para no ir muy lejos, no podemos olvidar el despojo en nombre de decretos y leyes, y por la fuerza y la sumisión que se hizo sobre las propiedades que tenían los pueblos originarios. Todo en nombre del desarrollo y el progreso de los pueblos, pero que en verdad resultó en el desarrollo de unas cuantas familias que se convirtieron en las clases dominantes con el poder económico, político y militar que llevó a que nuestros pueblos victimizados se insurreccionaran en distintos tiempos, uno de los más conocidos: el levantamiento de 1932. Toda la larga historia de quitar y poner y dominar con Gobiernos y juntas cívico-militares,

incluso con la bendición de algunos miembros de la jerarquía eclesiástica de aquellos tiempos.

Cómo olvidar la famosa “guerra del fútbol” —así la llamaron— en 1969, donde se manipuló y engañó al pueblo, sosteniendo radial, televisivamente y por escrito que era una guerra del fútbol entre los hermanos de Honduras y nosotros, cuando las causas fueron otras más centradas en la pugna de las grandes familias con poder económico. Esa guerra nos dejó más de 300,000 hermanos deportados con violencia, miles de muertos y, por supuesto, mucho robo por parte de militares salvadoreños a los pueblos y comunidades de la vecina hermana república de Honduras, con el respaldo de los Gobiernos de turno. ¿Cómo olvidar la represión de los años 70 a los 80, negando el derecho humano de organización, el derecho de exigir y tener salarios justos? Persecución, represión y muerte fueron las respuestas ante los reclamos justos.

¿Podemos olvidar la persecución a líderes de organizaciones populares, laicos y laicas trabajadoras de la Iglesia?, ¿el asesinato de sacerdotes diocesanos, religiosas y religiosos?, ¿el asesinato nuestro querido y recordado padre Rutilio Grande y de nuestro querido pastor Mons. Romero —san Romero de América—, que nos llamaba a la conversión personal y a la transfiguración de nuestra patria? Fue asesinado aquel inolvidable 24 de marzo y para desgracia de nuestro sistema de justicia aún se no pone mano para que haya justicia, aunque algunos sectores hayan presentado a los tribunales la denuncia correspondiente, exigiendo justicia.

Hasta hace unos años se contabilizaban con datos 227 masacres de la población civil. Durante el conflicto fuimos testigos de cómo se asesinaba a líderes defensores de la justicia, pobladores y líderes de las organizaciones de trabajadores en el campo y la ciudad, líderes defensores de los derechos humanos, campesinos, obreros. Fuimos testigos de cómo se eliminaban medios de comunicación, periódicos, se secuestraban archivos donde se documentaban todos esos atropellos; emisoras como la YSAX, que transmitía las homilías de Mons. Romero. Fuimos testigos de cómo en los dos periódicos de mayor circulación y otros periódicos fantasmas que editaban aparecían escritos de grupos fantasmas atacando a monseñor y a las organizaciones populares, grupos y personas con señalamientos falsos.

¿Y la justicia? Y los abogados o magistrados de aquel tiempo, ¿dónde estaban? ¿Dónde estaba la administración de justicia? Algunos a lo mejor amenazados y otros totalmente sometidos al poder, otros legalizando las declaraciones dizque extrajudiciales a los detenidos y torturados hasta sacarles las firmas para hacerlos responsables de hechos falsos o hacerlos firmar que eran tratados bien en las cárceles clandestinas o las cárceles de los cuerpos de seguridad.

Cómo no recordar que el departamento de Chalatenango contabiliza más de 55 masacres; el departamento de la Paz, 47; el departamento de San Vicente, 33; el de Morazán, 19; el de Cuscatlán, 15; el de San Salvador, 11; el de Usulután, 10; el de Santa Ana, 10; el de Cabañas, 9; el de La Libertad, 8;

el de Sonsonate, 4; el de San Miguel, 3; el de La Unión, 2; el de Ahuachapán, 1. Y faltan muchas más que se están documentando.

Estos solo para poner una muestra de las atrocidades cometidas contra los mismos salvadoreños, y la deuda que tienen aún las administraciones de justicia que no llega donde deben llegar. Ojalá que el proceso iniciado en Morazán estos meses, donde en la masacre de El Mozote fueron salvajemente asesinados más de 1000 salvadoreños, en su mayoría niños, no quede en la impunidad, y se lleve a juicio a los autores intelectuales y materiales. Esa autoría, que en definitiva, al igual que todas las demás masacres, recae en los altos mandos militares de ese tiempo y en los grupos de poder económico. Estos grupos que todavía están en estructuras de poder y cuentan con el apoyo económico, militar y político del Gobierno de los Estados Unidos, que aún hoy continúan sometiendo a sus intereses las voluntades y las decisiones de los pueblos que quieren ejercer con libertad su derecho de autodeterminación. Estas intervenciones se dan no solo en El Salvador, sino en todo el mundo; pero mucho más sofisticada y fuertemente en América Latina, y si esos países tienen agua, gas y petróleo, con más razón. Tan grande es la ceguera que toda esta historia a la que me he referido pareciera que no toca fondo en esos corazones. Como dice una canción que ha hecho un joven salvadoreño en la que sostiene que “a esta sociedad le falta corazón”.

Hace poco nos recordaba el padre Jon Sobrino en una reflexión, con ocasión de la presentación del film *El desagravio*, que la tierra de Mons. Romero ha sufrido infinidad de agravios: niños hambrientos, mujeres violentadas, ancianos abandonados. Eso comenzó hace siglos —dice el padre Sobrino—, a estos se han añadido en los últimos 40 años otros más novedosos contra un pueblo que es cristiano.

“Vivimos nuevos tiempos”, me decía una señora allá en Chalatenango cuando compartíamos una eucaristía por un joven asesinado, víctima de esta violencia injusta y estructural que vivimos en el país. “Parece que esta sociedad quiere apagar la luz de Dios y más aún quiere callar la voz de Dios”, afirmaba. Me decía esto al referirse a tanta violencia, a la poca y verdadera voluntad de dialogar juntos para buscar una salida racional a los grandes problemas que vive el país. “Es necesario y urgente el diálogo —me dijo la anciana—, pero que no sea traicionero”. ¿Como cuál?, le pregunté curioso. “Como los diálogos por la paz en tiempos del conflicto”, me dijo. “Jesús Rojas —me dijo la señora— era de una de las mesas de diálogo en México, y cuando vino al país y desde Arcatao anunció que en la comunidad San José Las Flores iba a presentar al pueblo el informe e iba dar una conferencia de prensa, vinieron y lo emboscaron. A esas traiciones me refiero —dijo la señora—, dialogan pero traicionan; eso no se vale”, añadió ella.

Las lecturas bíblicas que hemos escuchado en esta eucaristía hoy nos recuerdan cómo Dios quiere hacer de nosotros una gran familia, donde no haya desigualdades de ninguna clase. “Clama con fuerza y sin miedo”, nos dice.

“Haz oír tu voz”, como nos decía el padre Ellacuría. “Que el pueblo haga oír su voz”. Y dice el profeta: “Denuncia mi pueblo sus pecados y maldades”. Le dice Dios al profeta Isaías y nos recuerda a los líderes y pastores en el capítulo 56: “Ay de los pastores que son como perros mudos que no pueden ladrar”. Continuando, pues, con la lectura de hoy, reprocha la hipocresía cuando se dice una cosa y se hace otra. “El ayuno que me agrada es este: romper las cadenas injustas, desatar las cuerdas de la opresión, dejar libres a los maltratados y romper toda clase de yugos, compartir el pan con el hambriento, dar casa a los pobres sin techo, vestir al desnudo y no volver la espalda al hermano” (Is 58: 6-7). Así, pues, si en tu casa no hay más gente explotada, si dejas de amenazar al prójimo y no pronuncias contra él palabras perversas, si das al hambriento lo que deseas para ti y sacias al hombre oprimido, el Señor caminará contigo y cuando lo clames a él, él te responderá: “Aquí estoy”.

Este mensaje del profeta Isaías es de gran actualidad y toca las llagas que tiene nuestra humanidad. Actualidad en nuestro mundo donde muchos países del llamado Primer Mundo cierran su corazón a la misericordia y cierran las oportunidades de trabajo, cobijo y solidaridad con los migrantes. Y cuando los ricos se vuelven más ricos son partidarios de crucificar nuevamente a Cristo en los migrantes, construyendo muros de insensibilidad, de desesperanza y de muerte, y se aferran a su dios dinero. Pero, por otro lado, hacen gastos onerosos en la carrera del armamento militar, en guerras que no solo destruyen la vida humana, sino que destruyen esta casa común, y realizan guerras de despojos que hacen provocar la reacción violenta de quienes se descubren hijos de Dios y se resisten a someterse a las nuevas esclavitudes de esta era.

Bienaventurados los pueblos que hacen de la solidaridad su bandera y fortalecen la organización para sembrar semillas de amor y esperanza en un mundo que es desgarrado a pedazos.

Bienaventurados los que, dejando todo, renuncian a lujos y comodidades, y hacen de su vida una lucha de amor permanente por construir una sociedad más justa y humana.

Bienaventurados los de corazón limpio, que reconocen los derechos de los pueblos y se oponen con sinceridad y no por conveniencias políticas a que se destruya la casa común, por ejemplo, con la explotación minera. Y bienaventurados los que luchan para que haya leyes que defiendan este derecho.

Bienaventurados los que hacen de esta casa común un lugar de convivencia sana de la gran familia de los hijos y las hijas de Dios, y cuidan de la madre naturaleza.

Bienaventurados los que en estos tiempos, en que mientras muchos cierran la puerta a los migrantes, van construyendo puentes. Los que se sienten llamadas y llamados a levantar sus voces y a trabajar para que los Estados respeten los derechos humanos y el principio de la dignidad humana. Los que se comprometen a promover una cultura que fomente la hospitalidad y la fraternidad y hacen realidad las palabras del papa Francisco cuando nos dice: “Unámonos

para acoger, proteger, promover e integrar a las personas obligadas a abandonar su hogar y buscar uno nuevo entre nosotros”.

Aquí, en nuestro país, mientras llegan las remesas del trabajo de nuestros migrantes, vemos en cambio a muchos grupos de poder económico que sacan capitales para invertirlos en otras partes. Que unos 150 salvadoreños posean más de 21,000 millones de dólares deja mucho que pensar.

Bienaventurados los que cuidan el recurso del agua y la defienden para que sea un derecho humano en el planeta y no una mercancía, y en nuestro país la garanticen con una ley que la convierta en fuente de vida y no en un negocio rentable como el que ahora se ve y se vislumbra.

Es necesario que quienes están al frente de las estructuras de poder den señales de un verdadero cambio y aprueben la ley del agua propuesta desde las mayorías populares, y que sea ya.

Bienaventurado el hombre o la mujer con vocación de líder político, que no se disfraza de campesino o ganadero, poniéndose el sombrero y hace propaganda política electorera, abrazando a niños y ancianos, promoviéndose por los medios de comunicación para seguir engañando y prometiendo aquello a lo que los partidos que representan en la práctica se han negado año tras año, por ejemplo, a aprobar presupuestos de la nación y proyectos para el país que lleven vida a la población, y niegan sus votos para que se aprueben salarios justos para los trabajadores, ya que con los aprobados hasta ahora, ni ellos serían capaces de sobrevivir. El que lucha o la que lucha para que existan prestaciones sociales para nuestros adultos mayores, y empleos y oportunidades suficientes para nuestros jóvenes.

Bienaventurados los que pagan sus impuestos por el bien del país y no se amparan con artimañas legales en la evasión, en la elusión o en la corrupción.

Ojalá descubramos los salvadoreños aquí y en el exterior que ningún rico hasta hoy ha demostrado que puede poner sus capacidades y ganancias onerosas al servicio del bien común. Aún no vemos al personaje bíblico de Zaqueo, que dijo a Jesús, después de haberle escuchado: “Repartiré mis bienes a los pobres y si a alguno le he robado, le devolveré cuatro veces más”. Y al que Jesús dijo: “Zaqueo, hoy ha llegado la salvación a tu casa”.

El verdadero ayuno que le agrada a nuestro Dios es que se rompan las cadenas injustas, que se deje libres a los esclavizados y se rompa toda clase de yugo... compartir tu pan con el hambriento, recibir en tu casa a los pobres sin techo, vestir al desnudo y no volver la espalda a tu hermano.

“No se dejen engañar...”, “hagan oír su voz” nos recordaba la primera lectura. Y la segunda nos dice: “Hijitos míos... los que practican la justicia, esos son justos tal como Jesucristo es justo... el que no obra la justicia no es de Dios y tampoco el que no ama a su hermano...”. “Cristo nos enseñó desde el principio que nos amemos los unos a los otros”. “El que no ama permanece en la muerte” —nos dice—. “El que odia a su hermano es un asesino... en el asesino no

permanece la vida”. Jesucristo sacrificó la vida por nosotros y en esto hemos conocido el amor, así también nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos. “Hijitos míos —nos dice—, no amemos con puras palabras y de labios afuera, sino verdaderamente con obras”. La voluntad de Dios es que creamos en su hijo Jesucristo y que nos amemos los unos a los otros.

Convocados a Galilea

¿A qué nos llama el Evangelio de hoy?

San Mateo nos cuenta que fueron convocados a Galilea...

La lectura pastoral de este pasaje nos lleva a pensar que el banquete de bodas en Caná de Galilea fue el comienzo de una encarnación profunda de Dios con su pueblo, llena de alegría y de gozo. Y así, después de su calvario, crucifixión, muerte y resurrección, él ha querido que aquella comunidad dispersa se reunificase para iniciar una nueva vida... Una “Iglesia en salida”, nos diría el papa Francisco. Una Iglesia que deja el encierro, el miedo, la desunión y que, fortalecida en la fe, fortalece su organización de base y camina con Jesús, y envía a sus fieles a ir por todo el mundo llevando la buena nueva y haciendo discípulos de Jesús, testigos del Reino, sembradores de esperanza. “Testigo heroico del Reino”, así describe el decreto de beatificación a Mons. Romero.

¿A qué nos llamarían los mártires hoy?

Esto lo hemos reflexionado en algunas misas. ¿Qué nos decían en algunas comunidades? Los aportes fueron los siguientes:

1. Que no nos acostumbremos ni caigamos en la trampa de la indiferencia —esto nos lo recuerda también el papa Francisco— y que sepamos ubicar las causas, las raíces que generan toda clase de atropello a la vida humana. Dios espera una viña que dé frutos buenos y no frutos agrios o amargos.
2. Que conozcamos y no olvidemos nuestra historia, de dónde venimos, dónde estamos y hacia dónde queremos ir como pueblo salvadoreño, como pueblo de hijos e hijas de Dios; que no perdamos nuestra identidad.
3. Que los distintos sectores de la vida nacional nos organicemos y actuemos a fin de construir juntos los caminos de paz y de justicia. Bien nos decía el mahatma Gandhi: “No hay camino para la paz, la paz es el camino”, y la paz la construyen los pueblos, no unos cuantos eruditos detrás de escritorios. Que nos lleven al bien común que nuestro país necesita; que estemos más unidos, comenzando por la familia; que se necesita desde muy dentro una sincera conversión, una gran transfiguración nacional.
4. Que los sectores de poder político y económico no le tengan miedo a que el pueblo organice un gran debate nacional con la participación de todos los sectores en la búsqueda de una salida racional, justa y pacífica a los grandes desafíos y retos que enfrenta actualmente el país: no le tengan miedo al diálogo de todos los sectores de la vida nacional, que es uno de los caminos para que los seres humanos encontremos caminos de solución y que no sea usado para propaganda política electorera.

5. Que frente a la realidad de violencia, inseguridad y muerte que golpea a muchos hogares en el país, sepamos ubicar las causas de todo este mal, las raíces que lo producen y lo reproducen, y que con una disposición sincera trabajemos, como pueblo salvadoreño, en la búsqueda de una verdadera solución.

No a la malvada maniobra de negarse a gobernar como pueblo salvadoreño, por parte de quienes se dedican a bloquear toda iniciativa que traiga vida para los salvadoreños. Ya saben a quiénes me refiero. Son los mismos que en aquel tiempo secundaron toda una estrategia de represión y muerte, y ahora no quieren aprobar cada año ningún presupuesto de la nación. Eso lo estaremos viendo nuevamente estos días. Ojalá yo me equivoque y no sea así; ni planes ni proyectos que nos ayuden a mejorar las condiciones de vida. Toda una maniobra que sacrifica sobre todo a los más pobres para buscar el poder. ¡Qué ridículo!, ¡qué diabólico!

6. Que las instancias encargadas de administrar justicia den señales de ir a la raíz. Que se atienda la petición, que se lleve a juicio a los autores intelectuales y materiales del asesinato de monseñor Romero.
7. Que si de verdad están por la paz y la justicia, se lleve a juicio ante cortes internacionales a los asesinos intelectuales y materiales de los padres jesuitas, y de Elba y Celina. Que den señales claras de que en El Salvador sí se puede y se deben llevar a cabo esos juicios. Yo tuve el gusto de conocerlos y de estar cerca de ellos y ellas.
8. Que el Gobierno de los Estados Unidos, que es uno de los causantes de tanto desastre humano con su apoyo económico político y militar a las guerras, dé gestos de humanidad atendiendo a los miles de hermanos migrantes que son fruto no solo de un sistema económico injusto y excluyente, sino que han llegado a aquellas tierras y están dejando su juventud, su fuerza de trabajo, sus valores de fe y de justicia, y merecen ser tratados como hermanos. Y merecemos que, sin intervenciones, espionajes o manipulaciones, nos ayuden a reconstruir y a construir nuestra patria, El Salvador.
9. Que quienes tienen puestos de poder en la vida política del país actúen pensando en todos los salvadoreños y no solo en grupos de poder que quieren dominar los unos sobre los otros. Que no le tengan miedo al pueblo, que se acerquen no solo para campañas electoreras, sino que demuestren que podemos convivir y reconstruir nuestra patria.
10. Que nuestra Iglesia y los movimientos de creyentes de nuestra Iglesia, y los grupos evangélicos o protestantes, todos, busquemos al verdadero Dios de la vida, revelado por nuestro señor Jesucristo. Que no sobemos las conciencias de quienes, con dinero, quieren amarrar nuestra voz. Que junto a tantos hermanos —que por distintos motivos y por malos testimonios se han vuelto increyentes o débiles en su fe— busquemos juntos reconstruir nuestras vidas y pongamos todas nuestras capacidades al servicio de Dios, que quiere para todos una vida en abundancia. Eso lo hicieron nuestros compañeros jesuitas mártires, pues pusieron su vida al servicio de la vida, la paz y la liberación de los salvadoreños.

Desde hace ya 28 años, venimos con la esperanza de que verdad, justicia, perdón, reconciliación y reparación sean los puntos claves que indiquen una ruta por lograr en este largo y difícil camino en la construcción de nuestra paz sobre las bases de una justicia tan anhelada por todos los salvadoreños. Que nuestros mártires nos acompañen en este camino lleno de sueños y esperanzas. Así sea.